

## **PERPIGNAN-Catedral**

### **Padre Pedro José Ynaraja**

Reconozco que el Rosellón y la Provenza, paisajísticamente, no son las regiones francesas que más me gustan. Ahora bien, son las que con más frecuencia visito, dada la poca distancia que me separa de ellas y la simpatía que siento por lo que diré después y por el encanto que se esconde en lo más íntimo de su cultura. La Provenza es tierra de trovadores y leyendas. No se puede olvidar tampoco que el cristianismo le llegó a la Galia por el mar y, más concretamente, entró por la desembocadura del Ródano. Si uno quiere captar su hechizo, debe leer Mireia (Mireio en provenzal) que le valió a su autor, Frederic Mistral, el premio Nobel de literatura del año 1904.

En Francia no existe, no existía por lo menos, la costumbre de los belenes, pero una cosa semejante, extendida ahora a otras regiones son los santones, propios de las tierras de las que estoy escribiendo. Se trata de figuras vestidas de tela, al estilo de los campesinos del lugar y formando un conjunto navideño. Sorprende su tamaño, que me parece, ronda un metro de altura

La popular marcha de los Reyes Magos, la inmortalizó Bizet con su composición musical "La Arlesiana".

Otras cosas podría añadir que atraen mi interés y simpatía, pero que no contaré, porque saldrían del contexto de estos reportajes. Valga añadir que San Francisco, camino de Santiago las piso, dirigiéndose hacia Barcelona, para torcer luego a occidente.

Lo que hoy escribo es complemento del artículo que dediqué a Elna (o Elna) que ya dije es concatedral con la de Perpignan, de la que voy a decir alguna cosa.

Mi aprecio personal se debe principalmente a que fue la primera que conocí. Era el año 1953 cuando con un compañero, de una manera curiosa, sin llegar a ser clandestina, entramos y salimos de Francia. Allí permanecimos unos días gracias a un "Laisser passer exceptionnel pour se rendre a Perpignan». Imagine el lector penetrar un centenar de kilómetros con muy poco dinero, viajando, pues, en auto stop y llevando por todo abrigo nocturno, un saco de dormir y las dos sotanas que vestíamos. Teníamos 21 años y en el salvoconducto figuraban los nombres de los dos, es decir, no nos podíamos separar uno del otro. En estas condiciones, pasamos una noche cerca de un helero y otra en la cuneta de la carretera. ¡Dios mío, que aventura!

Como ya he dicho, al tocar tan cerca de mi domicilio estas regiones, cuando me visita algún amigo procedente de otro continente, le advierto lo que siempre repito: para conocer la cultura europea, es preciso visitar las grandes catedrales góticas, los monasterios y el camino de Compostela. Dicho esto, le advierto que la de Perpignan es una pequeña gran catedral, que no se puede comparar con la de

Chartres o Reims, pero que sigue semejantes criterios de edificación, es decir, puede uno observar la clásica bóveda de crucería, en este caso, lamentablemente, no un ábside semicircular, pero que se le parece, grande ventanales, con vitrales de equilibrados colores, etc. Visitarla, pues, es un bocado de lo que pudieran ver, si dispusieran de más tiempo.

Advierto para empezar, que la fachada de esta catedral carece de belleza especial, digo lo mismo respecto al campanario. Quizá sea esta su carencia esencial, ahora bien, en cuanto uno franquea la entrada, se respira vitalidad, actividad pastoral, adulta y juvenil, invitación a la visita piadosa y la plegaria. Si uno se siente cristiano, de inmediato, se considera en casa. Por otra parte, la discreción de su tamaño, comparada con Reims o Amiens, también tiene su encanto.

Ya para aquella primera visita, l'abbe François Millasseau, canónigo organista y amigo, nos había advertido que lo más maravilloso del lugar, religiosamente hablando, era el "devot Crist". Se trata de una impresionante imagen de Jesús crucificado, talla del siglo XIV, que preside majestuosamente una capilla situada a la derecha de la catedral y junto al antiguo y mortecino claustro, dedicado ahora, según parece, a actividades de tipo cultural. En el ámbito al que me refiero, solo está esta imagen. Las paredes son completamente planas y de una total modestia. A ambos lados, unos discretos relieves son de las estaciones del viacrucis tradicional. Sin color ni ambiciones de diseño, para no disminuir la importancia del Crucificado. Todo es vacío, silencio, invitación a la contemplación, que sugiere maravillosamente esta imagen. Vuelvo a insistir que este recinto carece de vidrieras policromadas, pero no es oscura.

Acostumbrado a la serenidad de las "majestades románicas", con corona y túnica regia, el patetismo de esta talla es impresionante. Uno al verla, no puede dejar de preguntarse ¿y este dolor y muerte, para qué? ¿por quien?".

Si la catedral puede uno considerarla discreta, esta capilla desnuda y la imagen de la que he venido hablando, es incomparable. Me contaron por aquel primer entonces, que la imagen va inclinando lentamente su cabeza y que el día que la barbilla toque el pecho, habrá llegado el fin del mundo. Nadie más me lo ha repetido.

Digo siempre que para viajar, lo único indispensable es el pasaporte y que la mayor suerte es tener amigos en el lugar. Lamentablemente, el citado sacerdote ha muerto hace unos años. Recuerdo que me llevó un día a la iglesia donde había sido bautizado y me enseñó la pila. Sacó luego de un armario un estuche y me mostró una espina, que me dijo había sido de la corona del Señor. Excuso decir que no me lo creía, ni ahora me lo creo. Pero que la devoción con que la besó antes de guardarla, me impresionó tanto, que me di cuenta de que era irreverente preocuparme de su autenticidad.

He leído últimamente que una crónica de Pere Ange Vidal dice que vio, suspendida de la bóveda de la Nave central de la catedral, una esfera de bronce con esta

inscripción en catalán antiguo “Quant se feya aquesta obra, se trobaran en Perpinya Fra Domingo y Fra Francesh, uns bons homens, en lo any MCCXI”. Parece que no existe ninguna otra noticia al respecto, pero el encuentro no sería imposible. El Poverello cruzaría esta comarca camino de Compostela, como ya he dicho, y el de Guzmán misionaba su cruzada contra la herejía cátaro albigesa, un poco más al norte. La próxima visita, cerraré los ojos e imaginare este encuentro, solicitando que intercedan para que Dios me conceda aliento para imitar un poco sus virtudes.

Pese a que he dicho que geográficamente el territorio carece de atractivo, no ignoro que, mirando al sur se divisan las montañas pirenaicas del Canigó. En sus entrañas están anclados dos antiguos monasterios. El de Cuixá, ocupado la primera vez que estuve por una comunidad cisterciense y donde fui acogido amablemente por el mismo abad. En la actualidad es un priorato montserratino. Una parte de su claustro fue adquirida por un acaudalado americano y cubre un museo medieval de Nueva York. A unos doce kilómetros el monasterio de San Martín, está actualmente ocupado por una comunidad religiosa de las de corte moderno y carismático. Lamentablemente en ambos monasterios cobran por entrar.

Por último, escondida en un recodo de una carretera muy secundaria, puede uno visitar, esta vez sin tener que pagar, la ermita de la Trinidad, donde una maravillosa “Majestad románica” le da fama y un retablo le da el nombre. Alguien, la primera vez una mujer que ya falleció, la segunda un señor, están, por encargo del obispo de la diócesis, para recibir y dar explicación a la expresión acogedora de la imagen principal. Cuando uno se para y entra no puede dejar de comparar las dos imágenes de las que he hablado. Sinceramente, la gótica de la catedral impresiona más hondamente. La acogida humana de esta última, supera a las dos últimas de las que he hablado.